

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Nina Crangle

lamamademaria@yahoo.com.mx

Universidad Veracruzana

De la traición en *La balada del café triste* de Carson McCullers

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 56, abril-junio 2021, pp. 25-27.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

DE LA TRAICIÓN en *La balada del café triste* de Carson McCullers

Nina Crangle

Para Víctor Hugo y la bella Kennia

En el capítulo XI de la Primera Parte de la obra más emblemática de Cervantes, don Quijote alecciona a Sancho, su emergente pero fiel escudero: “porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice: que todas las cosas iguala”. En cuanto a lo segundo, el amor, el Caballero de la Triste Figura se estaba refiriendo –solo aventuro– al amor pleno en realización, aunque de su entusiasmo romántico por Dulcinea podíamos argumentar todo a su favor menos que fuera correspondido, detalle del que siempre fue consciente –aunque lo disimulaba muy bien– pero que, en su fingimiento caballeresco, lo tenía sin cuidado. Sí, estamos en un medievo parodiado, en una época áurea transfigurada –resultado de la ficción cervantina– y del amor cortés que entonaba las penas de los amantes en su alta condición de suplicantes. Tiempos aquellos en que la etapa del enamoramiento era vista como una enfermedad que postraba a quien la padecía; sucumbir al vasallaje y cantar a la dama en cuestión eran un solo acto: entregar las armas al enemigo para declararse enseguida derrotado,

José Revueltas, con la pasmosa lucidez con la que ahondaba el alma humana, llegó a afirmar de manera trágica que el hombre todo es una pasión inútil; él, que mucho sabía de pasiones amorosas e ideológicas. Y digo para mí que no hay en el hombre y en la mujer mayor pasión inútil que el amor no correspondido. Como la que sentía Marvin Macy por Miss Amelia Evans.

enfermo, muerto de amor hiriente. Porque el amor es una guerra –ya lo versificó Enrique González Llorca en un endecasílabo inolvidable– donde dos “combatimos sin casco y sin loriga”.

Este tópico, el del amor en su variante de falta de correspondencia, ha sido desde antiguo el más explotado por poetas y artistas de todo el orbe. José Revueltas, con la pasmosa lucidez con la que ahondaba el alma humana, llegó a afirmar de manera trágica que el hombre todo es una pasión inútil; él, que mucho sabía de pasiones amorosas e ideológicas. Y digo para mí que no hay en el hombre y en la mujer mayor pasión inútil que el amor no correspondido. Como la que sentía Marvin Macy por Miss Amelia Evans.

Pero antes de pasar a examinar esta obra de McCullers, definamos

el amor. Y como esa es una tarea muy complicada –sí por falta de pericia pero no de experiencia–, recurramos a alguien que durante décadas exploró en los terrenos de la literatura el sentimiento amoroso en sus tres dominios, el sexo, el erotismo y el amor: Octavio Paz. Para el poeta mexicano, la suma de estos dominios constituye un mismo fenómeno “de lo que llamamos vida” y “el verdadero amor consiste precisamente en la transformación del apetito de posesión en entrega. Por esto pide reciprocidad”. Leemos en *La llama doble* que el amor –olvidemos por un momento su deuda no reconocida con Georges Bataille cuando lo escribe–

...es el reconocimiento, en la persona amada, de ese don de

Marvin Macy, un patán y pendenciero sin arraigos ni fortuna, pero dotado de una belleza sin igual, sufre una sublime transformación a causa del amor que descubre sentir por Miss Amelia, una hombruna y nada agraciada mujer –cuyo parecido con Aldonza Lorenzo acaso sea solo una coincidencia–; pero, aunque también huérfana, es la dama más rica de la región.

vuelo que distingue a todas las creaturas humanas. El misterio de la condición humana reside en su libertad: es caída y es vuelo. Y en eso también reside la inmensa seducción que ejerce sobre nosotros el amor. No nos ofrece una vía de salvación; tampoco es una idolatría. Comienza con la admiración ante una persona, lo sigue el entusiasmo y culmina con la pasión que nos lleva a la dicha o al desastre. El amor es una prueba que a todos, a los felices y a los desgraciados, nos ennoblece.

Por lo que hace a la tesis que sostiene a *La balada del café triste*, mucho le debe a las reflexiones expresadas en *El Banquete* y que Paz resume así: “para Platón el amor no es propiamente una relación: es una aventura solitaria”. Al amor platónico –que nada tiene que ver con la concepción del amor como enfermedad sino como un ideal de vida superior, un erotismo filosófico y, por lo mismo, meramente contemplativo– Carson McCullers lo explora aquí de manera muy similar a la de Thomas Mann en *Muerte en Venecia* y a la de Truman Capote en *Otras voces, otros ámbitos*. Merced al influjo de este ideal, el del amor platónico, tenemos dos momentos culminantes en el relato; el primero parte de los postulados del narrador quien comienza diciendo: “el

amor es una experiencia común a dos personas. Pero el hecho de ser una experiencia común no quiere decir que sea una experiencia similar para las dos partes afectadas. Hay el amante y hay el amado, y cada uno de ellos proviene de regiones distintas”. Luego, este concluye que el amante sabe, “en el fondo, que su amor es un amor solitario”. En cuanto al amado, el alegato traza algunas características que delinean su singular perfil: “puede presentarse bajo cualquier forma. Las personas más inesperadas pueden ser un estímulo para el amor”; “el amado podrá ser un traidor, un imbécil o un degenerado”; y esta otra, no menos reveladora: “el amado teme y odia al amante, y con razón”.

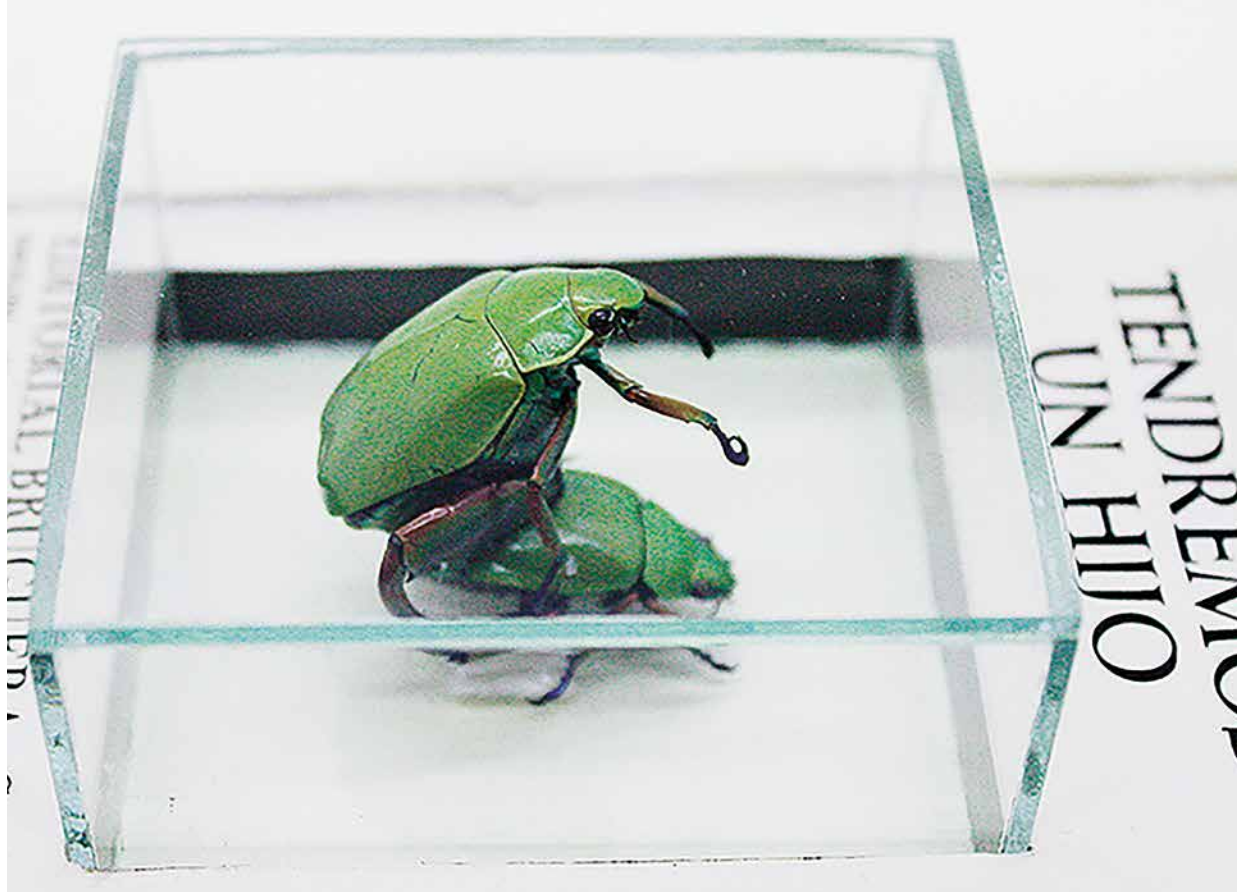
Marvin Macy, un patán y pendenciero sin arraigos ni fortuna, pero dotado de una belleza sin igual, sufre una sublime transformación a causa del amor que descubre sentir por Miss Amelia, una hombruna y nada agraciada mujer –cuyo parecido con Aldonza Lorenzo acaso sea solo una coincidencia–; pero, aunque también huérfana, es la dama más rica de la región. Tras dos años de apasionado cortejo, Marvin consigue casarse con ella; tras solo diez días de convivencia conyugal y –sospechaban todos en ese pueblo triste y solitario– sin haberse consumado la unión carnal, ella lo echa de la casa para siempre. En síntesis, esta es la historia del amor desgra-

ciado entre el amante Marvin y la amada Amelia. (No, don Quijote, el amor no todo lo iguala. Hay unos más iguales que otros.)

Sabemos por el narrador que “el amante fuerza la relación con el amado, aunque esta experiencia no le cause más que dolor”; justo lo que vemos hacer a Marvin –un suplicante del siglo xx– que ruega inútilmente por el amor de Amelia. Sin embargo, si lo pensamos con mayor detenimiento, surgen más dudas que certezas: ¿por qué acepta casarse con él? ¿Fingió un amor que estaba lejos de sentir? ¿Cuál es la razón por la que lo corre de la casa? ¿Qué originó tanto odio por Marvin, “ese remiendatelares con el que me casé”? Los lectores solo podemos especular posibles respuestas, las que, quizá, no sean pertinentes para esta historia.

Lo que sí viene a cuento es la venganza preparada por Marvin, la cual lleva a buen término la derrota absoluta de su enemiga, la amada Miss Amelia, en el salón del café de su propiedad situado no en Provenza, sino en algún rincón del sur más profundo de Estados Unidos. Y es que él, aún cegado por la rabia, se niega a aceptar que ella había sido más una etapa que un destino, por lo que la pelea cuerpo a cuerpo de los ahora “examantes” constituye el núcleo del segundo momento culminante del relato, la puesta en escena de la tesis del narrador mencionada párrafos arriba.

Cierto es que a Marvin no le faltaban motivos para desear vengarse de Amelia. Es un amante herido a causa del desamor; encima, ha sido humillado en público. Mientras que la amada –a quien “no le importaba nada el amor de los hombres; era un ser solitario”– hace patente su completa falta de interés por los dominios mencionados por Paz como pilares para una relación amorosa: el sexo, el erotismo... y el amor, para rego-



Tendremos un hijo. La mujer abriéndose y entrando el hombre / es el simbolismo natural / de una comunicación más misteriosa: / dos en uno / y / uno en dos / (siendo más cada uno mientras más unidos). / Y así el acto sexual es inteligible. ERNESTO CARDENAL, "Cantiga 28: Epitalamio, de *Cántico cósmico*"

cijo de todos. Es a causa de esto que Marvin vive en carne propia lo que él considera una traición –“no hay que olvidar que la verdadera historia fue la que tuvo lugar en el corazón del propio amante”. En su célebre tratado sobre el amor y los amantes, *El collar de la paloma*, Ibn Hazm de Córdoba define así la traición:

Del mismo modo que la lealtad es un excelso atributo y una prenda noble, así la traición lo es vituperable y aborrecible. Pero solo se ha de llamar traidor al que inicia la traición, pues el que corresponde con ella a otra que ha sufrido, aunque la iguale en la realidad del hecho, no es traidor ni ha de recriminársele por ello. Dios Honrado

y Poderoso dice [XLII, 38]: “El pago de la maldad es otra maldad”.

Bien mirado, es Amelia quien comienza la traición –el peor de los pecados, según la *doxa* epocal expuesta por Dante en la *Comedia*– al no corresponder al amor de Marvin con amor. Todos parecemos atender la historia de Marvin con Miss Amelia, pero también está la del enano jorobado con la dueña del café y con el propio Marvin, como amado y como amante. El primo Lymon vendrá a ser la mano justiciera –mas no traidora, si optamos por creerle al tratadista peninsular de origen árabe–, además del tercero en discordia en este triángulo perverso e inquietante. Ninguno logra superar la prueba del amor que a todos

ennoblece. Así, más que a la dicha, las inútiles pasiones de Marvin, Miss Amelia y el primo Lymon solo los llevarán al desastre, arrasando consigo al pueblo entero. Y es que el amor, como cantara Guido Cavalcanti, es “un accidente frecuentemente fiero y altanero”. A veces, también, vemos en el amor a un cazador solitario; otras, a un perro infernal. Como sea. Y aunque el amante y el amado provengan de regiones distintas, siempre elegirán emprender el viaje a ese territorio llamado amor, a pesar de ser el único lugar al que ya no se quisiera tener que ir. **LPyH**

Nina Crangle es licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas y editora en la UV. Actualmente cursa la maestría en Literatura Mexicana en el IILL-UV.